

CUENTO FOLKLÓRICO Y CUENTO LITERARIO

(PEREDA, PARDO BAZÁN, PALACIO VALDÉS)

Cuando, en las últimas décadas del siglo XIX y durante primeros años del siglo siguiente, los novelistas españoles se lanzan a construir la llamada novela regional y se dedican a elaborar unos cuadros rurales, se encuentran con la realidad folklórica, tan olvidada por los ingenios del Siglo de las Luces y sus herederos espirituales, pero realidad que sigue viviendo tenazmente en el campo. El objeto de este estudio es examinar las relaciones que enlazan el folklore oral con las obras de tres novelistas oriundos del Noroeste de España: José María de Pereda, Emilia Pardo Bazán, Armando Palacio Valdés. Relaciones éstas de signo opuesto y complementarias a la vez: mientras que por una parte las obras de los tres escritores, al recoger creencias populares y relatos tradicionales, o al atestiguar la circulación de varios cuentos, contribuyen a nuestra información sobre el estado del folklore en la Montaña, en Asturias y en Galicia a fines del siglo XIX, se observa por otra parte que varios cuentos literarios compuestos por Emilia Pardo Bazán y Armando Palacio Valdés son plasmados sobre otros tantos cuentos folklóricos.

Pocos son los informes que nos proporcionan Emilia Pardo Bazán y Armando Palacio Valdés sobre creencias y supersticiones populares. Palacio Valdés alude de paso a la *huestía*¹; menos parca en detalles, Emilia Pardo Bazán, después de referirse a “la misteriosa procesión de la *Compañía*” en *Pascual López* (1879)², y al “paso de la *Compañía* con su procesión de luces” en *La Madre Naturaleza* (1887)³, la define más concretamente en un cuento que se inspira en dicha leyenda:

¹ *Obras completas* (Aguilar, I, 1942; II, 1945), I, p. 1839a.

² *Obras completas* (Aguilar, I-II, 1947; III, 1973), II, p. 70b.

³ *O. c.*, II, p. 449b.

Es una legión de muertos que, dejando sus sepulturas, llevando cada cual en la descarnada mano un cirio, cruzan la montaña, allá a lo lejos, visibles sólo por la vaga blancura de los sudarios y por el pálido reflejo del cirio desfalleciente. ¡Ay del que ve la "Compañía"! ¡Ay del que pisa la tierra en que se proyecta su sombra! Si no se muere en el acto, la vida se le secará para siempre a modo de hierba que cortó la *fouce*. Quebrantado, sin fuerzas, tocado de extrañío mal, contra el cual no existen remedios, irá encaminándose poco a poco a la cueva, porque la *Hueste* recluta así a los que encuentra en el camino, los alista en sus filas, refuerza su ejército de espectros... ¡Infeliz del que ve la *Compañía*!⁴

Más interesante todavía resulta un breve fragmento de Pereda, por recordar una creencia familiar que no ha merecido gran atención de parte de los folkloristas. Los muchachos de Cumbrales, explica el novelista, vislumbraban en la luna "una vieja sentada encima de un colofno de espinos, Estaba robándolos de noche, y, en castigo, la sorbió la luna"⁵. De la misma visión se hizo eco ya, aunque en forma borrosa, Fernán Caballero⁶, de manera algo oscura Sánchez Pérez⁷, y con mucha mayor claridad Aurelio de Llano Roza de Ampudia:

Dicen en varios concejos de Oriente, entre los cuales figura el de Caravia, que el *borrón* que se ve en la luna es figura de Llonxinos [Longines]). Este iba por el monte con una carga de *rozu* [argoma] al hombro, al mismo tiempo pasó la luna y lo llevó consigo⁸.

⁴ La "Compañía" (1900), o. c., I, p. 1683b. Sobre la *güestia*, véase AURELIO DE LLANO, ROZA DE AMPUDIA, *Del folklore asturiano*, Oviedo, 1977, pp. 66-75. Sobre la *estantigua* y leyendas afines, MANUEL ALVAR, "De la *maisnie Harlequin* a algunas designaciones románicas de los escualos", *Actas del V Congreso Internacional de Estudios Lingüísticos del Mediterráneo*, Madrid, C S I C., 1977, pp. 379-393.

⁵ *El sabor de la tierra* (1882), *Obras completas*, Aguilar, 1943, p. 1063a.

⁶ *La Gaviota*, B A E., 136, p. 57b.

⁷ JOSÉ A. SÁNCHEZ PÉREZ, *Cien cuentos populares*, Madrid, Saeta, 1942, núm. 32.

⁸ *Del folklore asturiano*, p. 143.

Este texto del gran folklorista asturiano no menciona el particular de que dicha figura lunar correspondiera a la de un ladrón, o a la de un ser humano castigado por alguna culpa suya. No por eso hemos de creer que el detalle se deba a la imaginación de Pereda; al contrario, parece cierto que dicho elemento es plenamente folklórico, puesto que surge también en la tradición bretona, según la cual el hombre que se divisa en la luna es un tal Yann que fue sorbido por el astro, por haber robado un haz de aulaga que había de arder en la hoguera de San Juan⁹, y dado que idéntica idea de castigo aparece en la forma portorriqueña de la misma visión, aunque no se trata en este caso de castigo de un ladrón, sino del castigo de un niño desobediente:

Había una vez un matrimonio que tenía un hijo muy vago. Un día la madre lo mandó a buscar leña; el niño se demoró tanto que la madre empezó a echarle maldiciones, hasta que dijo:

—¡Permita Dios que te lleven las nubes!

Una nube vino y lo cogió y se lo vendió a la luna; y por eso es que en la luna se ve un hombre sentado¹⁰.

Entre los tres novelistas, Pereda es otra vez quien nos proporciona los informes más concretos sobre los cuentos que se referían en las veladas aldeanas. "Contábamos cuentos de ladrones y encantados", escribe sin meterse en por-

⁹ PIERRE JAKEZ HÉLIAS, *Le cheval d'orgueil*, París, Plon, 1975, p. 171.

¹⁰ *Porto-Rican Folklore. Folktales*. By J. ALDEN MASON; edited by Aurelio M. Espinosa, *Journal of American Folklore*, XLII (1929), pp. 98-156, núm. 106. En cambio la versión española que recoge Ana María Matute —"¡Oh, luna quieta! Nadie le había contado a Juan Niño el cuento del viejo que llevaba leña a la luna, pero también a él prendía los ojos, como a todos los niños del mundo" (*Fiesta al noroeste, O.c.*, I, p. 546)— y la versión americana de Ciro Alegria —"Los más crecidos demandaban a los chicos que se fijaran bien, pues en la redondela [de la luna] había una burrita que conducía a una mujer. Algunos afirmaban que era la Virgen con el niño Jesús en brazos, y otros que tan solamente una hilandera". (*El mundo es ancho y ajeno*, Santiago de Chile, 1949, p. 43)— desconocen las dos los elementos de culpa y castigo.

menores en *Esbozos y rasguños* (1881)¹¹. La afirmación cobra contornos más precisos cuando recuerda Pereda que en las veladas de la Montaña se relataban con frecuencia las aventuras maravillosas de Juan el Oso, el cual, ayudado por unos compañeros de fuerzas portentosas, consiguió liberrar la princesa encantada, viniendo luego a casar con ella¹². El hecho no sorprende, puesto que *Juan el Oso* es uno de los cuentos más extensamente difundidos en el folklore de España y de América¹³, así como uno de los que más antiguamente se documentan en la Península: parece lícito afirmar que se perciben huellas de él en el *Quijote* y en *Guzmán el Bravo*, una de las novelas cortas que dedicó Lope de Vega a la señora Marcia Leonarda¹⁴.

Pero, si atestiguan nuestros novelistas en forma directa la vida tradicional de unos cuentos folklóricos, también testimonian de manera indirecta, al admitirlos en sus ficciones, la circulación de unos cuentos viejos.

Advirtamos en seguida que a veces no pasan éstos de simples chistes, pasablemente manoseados ya. Dos de ellos aparecen en las obras novelescas de Emilia Pardo Bazán.

—Si no, como decía el cura tartamudo, te... te... tenemos misita hasta las cu... cu... cuatro¹⁵.

El chiste será familiar: lo reproducen en efecto los *Contos populares da provincia de Lugo*¹⁶.

En *La Comedia piadosa: I. Casuística* (1892)¹⁷ refiere

¹¹ *O.c.*, p. 982a.

¹² "Suum cuique", *Escenas montañesas*, *O.c.*, p. 194b; "Al amor de los tizones", *Tipos y paisajes*, *O.c.*, p. 365.

¹³ Aparece en la tradición de Cataluña, Asturias, Santander, ambas Castilla, Extremadura y Andalucía, así como en la de Puerto Rico, Cuba, México, Panamá, Ecuador y Chile. Véanse unas versiones del cuento en AURELIO M. ESPINOSA, *Cuentos populares españoles*, Madrid, C S I C., 1946, I, núm. 133-135.

¹⁴ Véase mi colección de *Cuentos folklóricos en la España del Siglo de Oro* (de próxima publicación), tipo 301.

¹⁵ *La prueba* (1890-1891), *O.c.*, I, p. 785a.

¹⁶ *Contos populares da provincia de Lugo*, Vigo, Galaxia, 1972, núm. 111.

¹⁷ *O.c.*, I, pp. 1490-1493.

doña Emilia la historia de la devota regalona que, animada por afanes ascéticos, decide caminar dos leguas con media docena de garbanzos en las botas; y cumple la oferta, pero después de cocer previamente dichas legumbres. Es chiste de venerable antigüedad, que manejaba ya Lope de Vega:

Aun ya pisar los garbanzos
 pudiera hacerlo, que un paje
 que penitencia le dieron
 que en las suelas los echase
 de los zapatos, echólos
 cocidos, por no picarse¹⁸.

No es preciso suponer que la novelista haya recordado el texto de *La vengadora de las mujeres*, puesto que el chiste debió ser de los más corrientes en la España de fines del siglo XIX¹⁹.

Alguna vez apunta entre las páginas de una novela un cuento de pega familiar: es el caso del conocido cuento de *La buena pipa*, recordado por Armando Palacio Valdés en *El idilio de un enfermo* (1884)²⁰.

Pero también se deslizan en la prosa de nuestros novelistas unos cuentos folklóricos de más transcendencia. El hecho ocurre con relativa frecuencia en la obra de Pereda, que nos ofrece tres cuentos folklóricos claramente documentados:

a) Había, tiempo ha, un lego franciscano, tragón como un molino y gorrista como un lego, pero que, más diestro o menos desvergonzado que todos los de su laya, jamás se intro-

¹⁸ *La vengadora de las mujeres*, III, *Acad. N.*, XIII, p. 644a.

¹⁹ Aparece en efecto en dos colecciones festivas de la época (y sin duda en otras que desconozco): MANUEL DEL PALACIO y LUIS RIVERA, *Museo cómico o tesoro de los chistes*, Madrid, 1863, I, p. 388-389, y ALBERTO CASAÑAL SHAKERY, *Baturradas. Colección de cuentos baturros*, Zaragoza, 1901, p. 111-114.

²⁰ *O.c.*, II, p. 154b. Sobre el cuento folklórico de *La buena pipa* (AARNE-THOMPSON, *The Types of the Folktale*, 2320) véanse SÁNCHEZ PÉREZ, *Cien cuentos populares*, núm. 29; AURELIO DE LLANO ROZA DE ALBERTO CASAÑAL SHAKERY, *Baturradas. Colección de cuentos baturros*, RODRÍGUEZ MARÍN, *Cantos populares españoles*, Madrid, Atlas, 1951, I, pp. 129-130.

ducía en casa de su vecino sin una disculpa que lo autorizase. Esta disculpa era un par de morrillos que llevaba dentro de su insondable manga con el inocente y modesto designio de que se los guisasen para comer.

—Pero, padre —le decían—, ¿es posible que Usted se alimente con tal sobriedad?

—Hijos míos —contestaba el padre con la mayor mansedumbre—, a todo se hace el hombre, aunque sea a comer piedras; y entiendan que, bien guisadas, buenas son.

—Pues sírvase su paternidad decirnos la receta, porque como nunca las hemos guisado...

—La receta, hijos míos, es muy sencilla. Primeramente pondréis las piedras en salsa verde... o amarilla —que en esto de colores no reza nada el seráfico padre—; después lo revolveréis todo con media docena de huevos bien duritos...; algunos suelen añadir unas magritas de jamón, yo prefiero unos embuchaditos y media libra de carne de puerco en albondiguillas...; un jarrito de buen blanco y, en fin, todo lo más sencillo que encontréis y que la santa caridad os dicte...

—Pero, reverendísimo, ¿y las piedras?

—Las piedras... las piedras me servirán para cenar²¹.

Se reconoce en este relato el cuento de *La sopa de piedras*, que apenas si se recogió en alguna colección de folclore español, aunque tiene antigua raigambre hispánica: ya lo traen el *Vocabulario de refranes* del maestro Correas y los *Discursos serio-jocosos sobre el Agua de la vida* de Pedro González de Godoy (1682), lo desarrolló años después Francisco Gregorio de Salas en un extenso romance, y dio materia por fin al cuento de Ventura García Calderón *La sopa de piedras*²².

b) Presentóse entre sus antiguas relaciones con aire de taco,

²¹ *Crónica local* (1859), *O.c.*, p. 17.

²² G. CORREAS, *Vocabulario de refranes*, ed. Louis Combet, Bordeaux, 1967, p. 243a; PEDRO GONZÁLEZ DE GODOY, *Discursos serio-jocosos sobre el Agua de la vida*, "Bibliófilos Españoles", p. 116; FRANCISCO GREGORIO DE SALAS, B. A. E., LXVII, pp. 535b-536a; VENTURA GARCÍA CALDERÓN, *Cuentos peruanos*, Madrid, Aguilar, 1961, p. 164. LUIS LEÓN DOMÍNGUEZ fue el único en recoger este cuento folklórico (AARNE-THOMPSON, 1548) en la España del siglo XX (*Los cuentos de Andalucía*, Biblioteca Ibérica de Folklore, Madrid, s.a., pp. 194-196); en cambio está bien documentado en Portugal.

y como el *jándalo* famoso del rastrillo, alardeó de haber olvidado hasta el nombre de los más comunes aperos de labranza, como si hiciera siglos que los había perdido de vista²³.

Viviendo dentro de una civilización tradicional, Pereda no estimó útil aclarar esta alusión al sabroso cuento del joven aldeano que, al regresar a casa de sus padres después de vivir unos meses en la ciudad, finge desconocer los aperos de labranza e ignorar sus nombres, hasta el momento en que pisa por descuido un rastrillo cuyo mango le viene a herir en el rostro, gracias a lo cual acto seguido recobra la memoria el muchacho, exclamando en voz alta: “¡Demonio de rastrillo!” Es cuento folklórico muy difundido en la tradición europea, e imagino que todos los que hemos vivido de niños en el campo lo conocemos, aunque pocas veces lo apuntaron los folkloristas, más inclinados a recoger *Märchen* que *Schwänke*²⁴.

c) Intercalado en *El sabor de la tierra* (1882) aparece la historia de “El zonchero codicioso”, cuyo asunto es como sigue:

Un aldeano pobre recibe de un enano un puñado de tierra que se convierte en oro. A partir de este día vive holgadamente el hombre en su aldea. Andando el tiempo, tentado por las seducciones de la ciudad, pide al enano unos sacos rellenos de la misma tierra. El enano satisface su deseo. Pero esta vez la tierra se resiste a metamorfosearse, y cuanto había adquirido anteriormente el labrador codicioso vuelve a ser tierra²⁵.

Se reconoce bajo esta fábula en alabanza de la *aurea mediocritas* rústica el cuento del hombre pobre, codicioso y vanidoso —más frecuentemente de la mujer pobre, codiciosa y vanidosa— que, después de obtener de un ser sobrenatural (en general el rey de los peces o, en versiones cristia-

²³ “Ir por lana...”, *Tipos y paisajes* (1871), *O.c.*, p. 355a.

²⁴ AARNE-THOMPSON, 1628. Véanse textos de este cuento en PIERRE JAKEZ HÉLIAS, *Le cheval d'orgueil*, p. 217; *Contos populares da provincia de Lugo*, núm. 187; SAMUEL FEIJOO, *Cuentos populares cubanos*, Universidad de Las Villas, I, 1960, pp. 139-140.

²⁵ *O.c.*, pp. 1073b-1075a.

nizadas, el mismo Jesucristo) las posibilidades suficientes para llevar una vida regalada, pide cada día más, llegando a formular deseos extravagantes, y suele terminar perdiéndolo todo. Es cuento muy difundido en España y en Hispanoamérica²⁶.

Llegados a este punto, constatamos que la obra novelística que más claras y profundas huellas presenta del cuento folklórico es la de Pereda. Se modifica totalmente el panorama si, del estudio de los relatos folklóricos que se deslizan en la prosa de nuestros novelistas, pasamos a examinar los cuentos folklóricos vestidos de cuentos literarios por los mismos escritores. Ahora desaparece Pereda, y vienen a ocupar la delantera de la escena Armando Palacio Valdés y sobretodo Emilia Pardo Bazán.

* * *

Examinemos primero el caso de Palacio Valdés, menos complicado que el de doña Emilia. Los lectores de los *Papeles del doctor Angélico* (1911) recordarán el precioso cuento de *Las burbujas*²⁷, en el cual un criado ladrón mata a su amo en despoblado; la víctima, buscando desesperadamente un testigo, acaba diciendo al homicida que le han de

²⁶ JOAN AMADES, *Folklore de Catalunya. Rondallística*, Barcelona, Editorial Selecta, 1974, núms. 74, 166 y 167; AURELIO DE LLANO ROZA DE AMPUDIA, *Cuentos asturianos*, núm. 58; MARCIANO CUIEL MERCHÁN, *Cuentos extremeños*, Madrid, C.S.I.C., 1944, pp. 188-190; DELINA ANÍBARRO DE HALUSHKA, *La tradición oral en Bolivia*, La Paz, 1976, núm. 39; "Porto-Rican Folklore. Folktales", *Journal of American Folklore*, XXXVIII (1925), pp. 507-618, núm. 13. El cuento corresponde al tipo 555 de AARNE-THOMPSON. Obsérvese además que unas frases de Pereda —"Te advierto que no se trata... de sacarle ninguna tira del pellejo" (*La puchera*, O.c., p. 1710a), "La encerró donde ya no puedo entrar para sacarla tiras del pellejo (*ibid.*, p. 1735b)— y de Palacio Valdés. —"De alguna parte saldrá ese dinero, aunque sea de las tiras del pellejo del pobre Juan" (*El idilio de un enfermo*, O.c., II, p. 135b)— remiten sin duda al cuento folklórico del criado y del amo que concluyen un contrato según el cual al primero de los dos que se enfade le ha de sacar el segundo una tira de pellejo desde la nuca hasta el pie. Véanse unas versiones de este cuento muy difundido en España y en América en la colección de *Cuentos populares españoles* de AURELIO M. ESPINOSA (núms. 163-167).

²⁷ O.c., I, pp. 1444-1446.

denunciar las burbujas que forma la lluvia en unos charcos. Así sucede en efecto: años después, al mirar un día de lluvia las burbujas del agua, el asesino confiesa el crimen a su mujer; ésta, después de vacilar mucho tiempo, acaba delatándole. El criminal es ejecutado y muere murmurando: "¡Las burbujas! ¡Las burbujas!" Todos pensamos, al leer estas páginas, en el cuento antiguo de las grullas de Ibico. Pero el relato de Palacio Valdés no procede de fuentes eruditas; se deriva de un cuento folklórico que circula en España desde la Edad Media y que presenta en la tradición moderna numerosas variantes en cuanto al elemento que ha de delatar al asesino: la flor de cardo o el nombre extraño de un niño en Asturias, el pájaro "Testigo" en Bolivia²⁸. El motivo de las burbujas, aunque no se ha recogido en el área asturiana, no se debe a la inventiva de Palacio Valdés: es motivo tradicional del cuento que presenta una versión sefardí²⁹, y que sin duda conoció por vía oral el novelista.

Por otra parte, el relato titulado *El potro del señor cura*³⁰ —la historia del buen cura de Arbín que se decide por fin, hostigado por las bromas de sus feligreses, a vender su caballo viejo en la feria de Oviedo, vuelve a comprarlo en subido precio unas semanas después en la feria de San Pedro de Boñar sin darse cuenta de nada, y sólo advierte el engaño cuando, a los pocos días, va recobrando el animal su color primitivo— refleja un cuento folklórico antiguo, que ya aprovechó Cervantes en el *Coloquio de los perros*³¹, y que sigue viviendo en la tradición española y americana³².

²⁸ AURELIO DE LLANO ROZA DE AMPUDIA, *Cuentos asturianos*, núms. 116 y 121; DELINA ANÍBARRO, *La tradición oral en Bolivia*, núm. 54. Este cuento folklórico (AARNE-THOMPSON, 960) aparece ya en las obras de FRANCESC EIXIMENIS (*Contes i faules*, Els Nostres Clássics, VI, Barcelona, 1925, *Contes*, núm. 11), luego en la novela de FRANCISCO SANTOS, *Periquillo el de las gallineras*, XVI (*La novela picaresca española*, Aguilar, 1946, p. 1914).

²⁹ PASCUAL PASCUAL RECUERO, *Antología de cuentos sefardies*, Barcelona, Biblioteca Nueva Sefarad, VI, 1979, núm. 40.

³⁰ *O.c.*, II, pp. 1103-1105.

³¹ *Novelas ejemplares*, ed. Schevill-Bonilla, III, pp. 230-231.

³² *Las noches de invierno en las gañanías*, Colección de Escritores Castellanos, 158, núm. 34; JOAN AMADES, *Rondallística*, núm. 415; "Porto-Rican Folklore. Folktales", *Journal of American Folklore*,

Entre los tres novelistas, quien aprovechó con más frecuencia la metamorfosis del cuento tradicional en cuento literario, elevándola a la categoría de procedimiento, fue sin disputa Emilia Pardo Bazán. Sería exagerado afirmar que la tradición oral dejó una huella decisiva en la obra novelística de la escritora, puesto que únicamente tres cuentos suyos proceden de relatos orales. Pero, antes de examinarlos, conviene decir unas palabras, aunque no fuera más que para deshacer unas posibles confusiones, acerca de unos cuentos antiguos, que pertenecen a la tradición escrita, y que también aprovechó la novelista.

CUENTOS DE ORIGEN ERUDITO

a) El primero de ellos es *Agravante*, publicado en 1892³³. El asunto del cuento es como sigue:

Se muere el filósofo chino Li-Kuan, dejando inconsolable a su esposa Pan-Siao. El discípulo predilecto del maestro, Ta-Hio, muchacho de gran mérito y de buen parecer, consuela sin embargo a Pan-Siao, la cual de allí a poco vuelve a casar en segundas nupcias con el joven. Venida la noche de bodas, padece Ta-Hio un ataque de un mal gravísimo y revela a su esposa que dicho mal únicamente se puede curar aplicándole al corazón los sesos de un difunto. La viudita empuña un hacha y se dirige a la tumba de su marido, construida en el mismo jardín de la casa; cuando se dispone a romper el ataúd, surge Li-Kuan, que había fingido morir para probar la constancia de su mujer.

Acusada por un periodista de haber plagiado a Voltaire al escribir este relato, replicó Pardo Bazán que *Agravante* no era más que una de las múltiples versiones del famoso cuento de *La matrona de Éfeso*, y más concretamente arreglo de una versión china que todos podían leer entre los

XXXVII (1924), pp. 247-344, núm. 21. El cuento corresponde al tipo 1631 A de Aarne-Thompson.

³³ O.c., II, pp. 1624-1626. Para las fechas de este cuento y de otros, véase NELLY CLEMESY, *Les contes d'Emilia Pardo Bazán (Essai de classification)*, Centre de Recherches Hispaniques, Paris, 1972.

Contes chinois publicados por Abel de Rémusat³⁴. No teniendo a mano ninguna edición de la colección formada por Rémusat, no puedo afirmar que la referencia de la escritora sea exacta: posiblemente haya averiguado ya el detalle algún erudito. Pero, cualquiera que haya sido la fuente exacta de doña Emilia, lo que se puede asegurar —y lo que me importa aquí— es que dicha fuente no fue de carácter oral. Si bien es cierto, en efecto, que el cuento de *La matrona de Éfeso* no perteneció nunca a la tradición oral europea, no menos cierto resulta que circulaba en España, desde el siglo xvi por lo menos, una versión tradicional del mismo —el cuento de la viuda dispuesta a casar con el hombre que le trae la noticia de la muerte de su marido³⁵. Esta versión no llegó a conocerla la escritora, o no se dignó aprovecharla.

b) El mismo año de 1892 publica Pardo Bazán el cuento titulado *El tetrarca en la aldea*³⁶, la historia tragicómica de un gallego pobre que emigra a América y, al regresar de Montevideo a los cinco años de ausencia, se encuentra con una casa bien proveída, una mujer sana y rolliza, y unos hijos más. Este cuento también es cuento viejo, y cuento de tradición escrita, que figura ya entre las *Fábulas colectas* del Esopo español y en el *Portacuentos* de Juan Timoneda³⁷.

c) Tres años más tarde publica Emilia Pardo Bazán el cuento titulado *Implacable Cronos*³⁸, la historia del anciano rico que, rechazado por la linda viudita con la cual deseaba

³⁴ *O.c.*, II, p. 1627a. Sobre el cuento chino y sus versiones, véase AURELIO M. ESPINOSA, *Cuentos populares españoles*, II, pp. 361-364.

³⁵ Ya reproduce este cuento folklórico (AARNE-THOMPSON, 1350) FRAY JUAN DE PINEDA, *Diálogos familiares de la agricultura cristiana* (1589), B. A. E., 170, pp. 19a-20a. En la época contemporánea lo recogen ROMUALDO NOGUÉS y MILAGRO, *Cuentos, tipos y modismos de Aragón*, Madrid, 1898, pp. 130-131; CONSTANTINO CABAL, *Los cuentos tradicionales asturianos*, Madrid, Editorial Voluntad, s.a., pp. 205-206; y AURELIO M. ESPINOSA, *Cuentos populares españoles*, núm. 93.

³⁶ *O.c.*, I, pp. 1572-1574.

³⁷ *Las fábulas del... fabulador Ysopo*, Amberes, 1546, *Fábulas colectas*, núm. 16; JUAN TIMONEDA, *Portacuentos* (1564), *Revue Hispanique*, XXIV (1911), núm. 51. También figura el cuento en la *Filosofía vulgar* de JUAN DE MAL LARA (1568), Barcelona, Selecciones bibliófilas, 1958-1959, IV, pp. 152-153.

³⁸ *O.c.*, I, pp. 1963-1964.

casar, por juzgarle ésta demasiado viejo, se manda teñir el pelo y la barba, y recibe como respuesta a su segunda petición que mal puede concederle su mano quien se la negó quince días antes a su padre. También este relato es viejo, dado que aparece en el *Portacuentos* de Juan Timoneda, en el *Tesoro de la lengua castellana* de Covarrubias, y en la comedia de Lope de Vega *El príncipe perfecto: II*, con la diferencia de que se trata en las versiones del Siglo de Oro de conseguir oficio, y no esposa³⁹; también es relato de origen erudito, y más concretamente apotegma, que verosímelmente figura en nutrida serie de colecciones antiguas y modernas⁴⁰.

CUENTOS DE TRADICIÓN ORAL

a) *Sabel* (1906)⁴¹. El asunto de este lindo cuento es como sigue:

Alberte se enamora de Sabel. Rechazadas sus pretensiones por el padre de su amada, abandona la aldea y entra como paje al servicio de la reina. Un día aparece Sabel, que ha huido para reunirse con él. La reina celosa manda matar a los amantes, cuyos cuerpos se entierran en la catedral, apartados uno de otro, a fin de que ni en la muerte estén reunidos. Pero de la tumba de Sabel brota un matorral de zarza y madreselva, mientras crece en la tumba de Alberte un castaño poderoso. Por orden de la reina se cortan el matorral y el árbol; pero cada día renacen más lozanos, y cada día los ramos de zarza y madreselva se van a enredar con las ramas del castaño, con tal vigor que amenazan con echar abajo la catedral. Por consejo del obispo se entierran juntos los cuerpos de los amantes, y cesa el milagro.

No conozco versión española completa de este cuento, por

³⁹ TIMONEDA, *Portacuentos*, núm. 75; COVARRUBIAS, *Tesoro de la lengua castellana*, pp. 252b-253a; LOPE DE VEGA, *El príncipe perfecto*, II, III, B A E., LII, p. 136a.

⁴⁰ La chistosa respuesta se atribuye al emperador Trajano en los *Apotegmas* de Erasmo traducidos por el bachiller Thamara (Amberes, 1549), fol. 179r.

⁴¹ *O.c.*, III, pp. 236-237.

otra parte bien documentado en la tradición europea⁴²; en cambio, es famosa la versión trunca del mismo que ofrece el romance de *El Conde Niño*. Parece indudable que Eni-
lia Pardo Bazán llegó a conocer una versión completa del
cuento por vía oral.

b) *Juan Engrudo* (1903)⁴³ refiere la historia del zapatero
pobre que, habiendo matado siete moscas de un manotazo,
ostenta orgullosamente el letrero de "Soy Juan Engrudo,
que con siete pudo", y consigue sucesivamente cortar las
siete cabezas del dragón que asuela la ciudad, hacer que se
maten entre sí tres espantosos gigantes, y vencer en batalla
campal a los enemigos del reino, hazañas que le merecen la
mano de la princesa. Es relato "basado en un cuento popu-
lar", según confiesa la propia autora. Más valía, en efecto,
adelantarse a unas posibles críticas, dado que el cuento es
de los más difundidos en España e Hispanoamérica⁴⁴, y
pertenece desde antiguo a la tradición española: se percibe
huella de él en un proverbio recogido por el maestro Co-
rreas⁴⁵.

c) El caso más instructivo es sin duda el de *Los huevos
arrefalfados*, publicado en 1890⁴⁶. El asunto es el siguiente:

El tío Pedro, carretero y hombre de malas entrañas, siempre
encuentra algún pretexto para brumarle las costillas a su es-
posa Martina, a pesar de ser ésta la mujer más hacendosa y
afectuosa del pueblo. Cierto día lleva el casado la perversi-
dad hasta pedir que se le preparen "huevos arrefalfados", y

⁴² AARNE-THOMPSON, 970.

⁴³ *O.c.*, III, pp. 295-297.

⁴⁴ Este cuento (AARNE-THOMPSON, 1640) fue recogido por MARCIANO
CURIEL MERCHÁN, *Cuentos extremeños*, pp. 112-113; AURELIO M. ES-
PINOSA, *Cuentos populares españoles*, núm. 194; LUIS MONTOTO, *Per-
sonajes, personas y personillas que corren por las tierras de ambas
Castillas*, Sevilla, 1921-1922, II, p. 353; y JOSÉ A. SANCHEZ PÉREZ, *Cien
cuentos populares*, núm. 80. En América se ha recogido en Puerto
Rico, México, Guatemala, Bolivia y Chile.

⁴⁵ *Vocabulario de refranes*, p. 33a: "Don Lope, que mata siete de
un golpe".

⁴⁶ *O.c.*, II, pp. 1685-1689.

como ignora la buena mujer qué clase de aderezo es ésta, recibe una vez más la tunda cotidiana. Se va a quejar Martina a su compadre, el tío Roque, tabernero del pueblo, el cual se compadece de ella y decide corregir al marido. A la noche siguiente el tabernero y un amigo suyo, disfrazados de San Pedro y San Pablo —los santos de la parroquia—, se apostan en el camino por el cual ha de pasar el tío Pedro y le proporcionan una tremenda paliza, gritando: “¡Estos son los huevos!” “¡Arrefalfados!” El tío Pedro, después de quedarse en la cama quince días, ya se deja de pedir huevos arrefalfados, y no vuelve a tocarle el pelo de la ropa a su esposa.

En esta ocasión podía lógicamente esperar doña Emilia que sus lectores no darían tan fácilmente con la fuente oral del relato, puesto que el cuento no será de los más difundidos en la tradición española, y no se recogió nunca, que sepa yo por lo menos, en España. En cambio lo recogió Teófilo Braga en Portugal: en esta versión pide el marido que le sirvan “bolo refochado”, y queda castigado por su propia mujer y una vecina, vestidas de San Pedro y San Pablo⁴⁷. Pero no cabe duda de que el cuento pertenece al folklore oral de Galicia: mi colega y amiga Beatriz Entenza, profesora de la Universidad de Buenos Aires, recuerda que su abuela, de origen gallego, le refería el mismo cuento, con la variante de que acudía la malcasada a la protección de las tres Marías. El relato debe existir desde antiguo en la Península, dado que lo reproduce ya fray Jerónimo de Lemos en la *Primera parte de la Torre de David* (1567). Copio este texto, a pesar de su extensión, por proceder de un libro que no resulta de lo más asequible:

Acaeció que en una aldea de este reino, de más de cien vecinos, estaba un labrador rico casado con una moza labradora, y de buen entendimiento, y que se había criado en palacio con una señora principal, y con lo que allá había deprendido, y con su buen natural, mostraba saber y entender mucho más que su marido; y él, conociendo esto, dábale toda la libertad del mundo, porque ella lo hacía tan bien y con tanta cordura que descuidaba sobremanera al labrador su ma-

⁴⁷ TEÓFILO BRAGA, *Contos tradicionaes do povo portuguez: I-II*, Porto, s.a., núm. 81.

rido, y así ella era la que más gobernaba y regía la casa y la gente que tenía, que era harta.

Visto esto por algunos parientes y amigos, o por algunos de la vecindad, daban algunas veces matraca al labrador, y aun algunas veces se lo acriminaban tanto que le desasosegaban. Otras veces le decían palabras pesadas y le traían a la memoria esos refranes que “en casa del mezquino más manda la mujer que el marido” y que “guay del huso cuando la barba anda de yuso”. Y otras veces le preguntaban que aquella semana ¿quién mandaba? y otras cosas semejantes.

Finalmente el labrador se amohinó tanto, que determinó de quitar el mando y gobierno de su mujer, y luego comenzó a apretarla y a fatigarla, así con palabras como con obras. Y como ella había sido hasta allí señora, y muy señora, y se veía muy menospreciada, no lo podía sufrir con paciencia, y así respondía al marido con tal brío que él, enojado, muchas veces barría la casa con sus cabellos y tocado, y la media los costados con buenos palos.

Estando, pues, ella en este conflicto, inventó un remedio tal que, ya que no aprovechase para volver en su pristino estado, a lo menos bastase para se vengar de los palos que muchas veces llevaba. Y para esto llamó cinco o seis mujeres de su edad y disposición, grandes amigas suyas, y contóles lo que su marido hacía contra ella, y el remedio que tenía pensado. Y fue que ellas, muy bien ataviadas como de Pascua, con sus velos delante los rostros, y con sendos palos en las manos, las metió en la bodega, y las avisó que cuando ella diese voces, saliesen, cada una por sí, una tras otra, y sacudiesen al marido muy buenos palos, y que luego, cada una por su parte, se fuesen a sus casas, que no fuesen, como dicen, oídas ni vistas. Esto concertado, y ellas puestas a punto, una tarde a boca de noche comenzó el marido a reñir y la mujer a responder, y él, muy enojado, toma un palo como solía, y da tras ella. La mujer comenzó luego a dar voces diciendo: “Santa Catalina, ¡ayudadme! Santa Inés, Santa Lucía, etc.” Y como las iba nombrando, ellas iban saliendo, y cargan de palos al pobre del labrador, que le dejaron por medio muerto, y cada una huyó a su casa. El marido, muy lastimado, fuese como pudo a la cama; estuvo más de ocho días que no se pudo levantar, muy fatigado. Y viniéndole a ver muchos de sus amigos, contóles lo que le había acaecido, jurando que, si como su mujer llamó a cinco o seis vírgenes santas, llamara

a las once mil vírgenes, que él quedaba allí del todo muerto. Y díjoles que ellos le habían aconsejado muy mal, porque su mujer era una santa, y para regir otra casa muy mayor que la suya. Y de allí adelante volvió a tenerla en mucha mayor reputación que antes, y a fiarle del todo muy de veras toda su casa y familia, y aun si hasta allí la tenía por muy sabia y prudente, después la tenía por una santa⁴⁸.

No pienso hacer agravio a la cultura de doña Emilia al estimar que no se fue a buscar este cuento en las páginas de la *Torre de David*, y que lo tomó de la tradición oral gallega, hipótesis confirmada por el estrecho parecido que ofrece el texto de *Los huevos arrefaldados* con la versión recogida en tierras portuguesas por Teófilo Braga.

La corta cantidad de cuentos folklóricos aprovechados por Armando Palacio Valdés y Emilia Pardo Bazán, y su dispersión cronológica a lo largo de años y años de producción literaria ininterrumpida no autorizan conclusiones excesivamente ambiciosas sobre la influencia del folklore en la obra de ambos cuentistas. Pero el examen de los textos aducidos permite concretar una de las fuentes de inspiración de los dos novelistas, y demuestra que no hemos de despreciar las fuentes orales, si queremos entender plenamente como trabajaron los cuentistas españoles a fines del siglo pasado y a primeros años del presente.

MAXIME CHEVALIER

Universidad de Burdeos.

⁴⁸ *Primera parte de la Torre de David*, Salamanca, 1567, fols. 212vº-213vº. Reproduce el cuento, copiándolo de fray Jerónimo de Lemos, FRAY JUAN DE LA CERDA, *Vida política de todos los estados de mujeres*, Alcalá, Juan Gracián; 1599, fols. 322rº-323rº.